

Laicos para la nueva evangelización.

Algunos temas para Santo Domingo/
Jorge Alvarez Calderón

Uno de los frutos más importantes de la renovación eclesial, iniciada en Medellín y profundizada en Puebla, es el surgimiento de comunidades cristianas, sobre todo en medios populares. Muchísimas personas de origen muy humilde, sin nombre conocido, sin instrucción ni capacitación, sin títulos, han reconocido de múltiples maneras que el Evangelio también era para ellas, más aún, que era especialmente para ellas. Han descubierto que el mensaje evangélico las dignificaba, les hacía tomar conciencia de su ser personas, las dinamizaba para amar y servir y las convocaba a ser parte activa de la familia de los discípulos y testigos de Jesús.

Indudablemente, la reflexión sobre la situación de pobreza vivida en el continente, y la opción que por motivos evangélicos se expresó en aquella oportunidad, han sido la base y el eje de este signo sorprendente de renovación. Esta opción impulsó, en efecto, múltiples iniciativas de acercamiento a estas mayorías y con ello, a palpar el terrible drama que vivían. Hizo, además, descubrir sus heroicos esfuerzos por sobrevivir. Progresivamente se fueron tejiendo en la vida cotidiana lazos de fraternidad entre esos pobres y los agentes de pastoral que a ellos se habían acercado. Este primer paso dio pie para que luego los mismos pobres fuesen "entrando" a la Iglesia de una manera nueva, ya no como objeto de servicios asistenciales sino como sujetos plenamente partícipes de la comunidad eclesial.

El proceso ya tiene más de 20 años; por ello conviene ahora, en vísperas de la Conferencia de Santo Domingo, preguntarnos qué se necesitaría para su avance y maduración. Estas líneas desean ser un aporte en lo que se refiere a un punto nuclear de la experiencia: la maduración de los integrantes de tales comunidades, hombres y mujeres, adultos y jóvenes que son laicos y pobres a la vez.

1.- La primera observación se refiere a *la opción preferencial por los pobres* como tal. Esta es, sin lugar a dudas, una de las decisiones más importantes de Medellín, retomada y profundizada en Puebla desde la densa experiencia eclesial de los 70. Ella ha dado lugar a una práctica y una reflexión sumamente ricas pero ha sido motivo de fuertes debates en cuanto a su interpretación y lo es todavía. La opción preferencial por los pobres constituye, sin embargo, una opción fundamental, por basarse en motivaciones que no son otras que las teológicas. En efecto, los textos lo dicen bien claro, se elige a los pobres no porque sean buenos o porque sean muchos, se elige a los pobres porque ellos son elegidos por Dios: "hechos a su imagen y semejanza para ser sus hijos, esta imagen está ensombrecida y aun escarnecida. Por eso Dios toma su defensa y lo ama" (P.1142). Es una elección que "ubica" a la Iglesia sociológicamente, la llama a ser necesariamente solidaria, permitiéndole, paradójicamente, y por ese mismo hecho, ser universal. En efecto, sólo ubicándose así, la Iglesia está en condiciones de llamar a todo el mundo, sin dejar de lado a nadie, a la auténtica fraternidad.

La opción preferencial por los pobres debe marcar, por lo tanto, todas las acciones, posturas y prioridades de nuestra Iglesia y eso, una vez más, por su carácter bíblico y teológico; porque nuestro Dios es así y porque así desea que su Iglesia sea instrumento y sacramento del Reino en una sociedad dividida ⁽¹⁾.

El laicado, materia de este artículo, debe ser pensado de nuevo desde esa opción y desde su fruto, es decir, desde los mismos laicos provenientes de los sectores populares y que forman parte activa de nuestras comunidades. Por ejemplo, no podemos considerar maduro a un laicado -y lo mismo habrá que decir de la vida consagrada y ministerial- si éste no opta por los oprimidos de estas sociedades, si no verifica su fidelidad al Señor con un compromiso solidario por su liberación plena. Conocemos bien las tentaciones de salidas individualistas en medios como los nuestros, también en-

(1) En ese sentido, el Documento de Trabajo para la IVª Conferencia se presta a confusión, al poner la opción por los pobres al mismo nivel que un buen número de otras. Es preciso decir aquí que la opción por los pobres, por su fundamento bíblico y su globalidad, es de otro nivel. En los otros casos, se debería hablar más bien de prioridades pastorales, e inclusive algunas, como la preocupación por los indígenas, afro-americanos y jóvenes, no son en realidad sino especificaciones de la compleja realidad del pobre entre nosotros.

tre la gente del pueblo. La solidaridad es difícil y muchas veces riesgosa, por eso a menudo se la deja de lado, incluso con argumentos mal llamados espirituales. Por eso es importante insistir en esta dimensión de la vida cristiana, dada su importancia.

Además, si por otra parte los laicos son por excelencia "constructores de la sociedad pluralista" (P 1206 y ss; DT III, 3.4), su obra supone y exige esta opción. Ella garantizará, en efecto, la construcción sólida del edificio social, sin marginaciones, desde la justicia y la fraternidad, porque parte de la preocupación por no dejar de lado a los últimos o los más débiles de la sociedad.

2.-*El potencial evangelizador de los pobres* señaló en Puebla (1147) la experiencia tantas veces repetida de muchos agentes pastorales en medios populares: "Fuimos a evangelizar" dicen, "pero somos nosotros los que hemos sido evangelizados". Experiencia de interpelación y conversión que ha tonificado e impulsado la vida cristiana de muchos, ante testimonios de Evangelio dados con naturalidad -y muchas veces, radicalidad- por personas sencillas y aparentemente sin preparación.

Es importante decir que este "potencial" no es sólo de carácter ético, aunque evidentemente también lo es. Muchos pobres, en efecto, motivan a la conversión por su santidad personal, su testimonio y su entrega. Sin embargo, hay más. Los pobres tienen fuerza evangelizadora porque su sola existencia expresa algo de Dios, y una Iglesia conformada por pobres, una iglesia "nazarena" como Jesús, está en mejores condiciones para revelar a Dios en la historia y su acercamiento salvífico al mundo. Así el lugar teológico de la revelación del Dios-amor es el mundo de los pobres, el lugar de la encarnación y vida del Hijo de Dios es el mundo de los pobres, la Iglesia primitiva fue iglesia de pobres. En el servicio a los pobres, según Mateo 25, se acoge el Reino, se entra en comunión con el Señor. Dios se acerca a la historia y manifiesta la radicalidad de su amor por su preferencia para con los despreciados y desposeídos. La Iglesia está llamada a manifestar universalmente a ese Dios. Y eso lo hará de manera más plena si ella misma está ubicada, como Cristo, en el mundo de los pobres. Los laicos pobres permiten que la Iglesia se encuentre en mejores condiciones teológicas para revelar y anunciar al Padre.

"Las comunidades cristianas populares que profundizan su vocación y sus opciones, por el compromiso de sus miembros en la vida de su pueblo, realizan en forma propia la vocación mesiánica del Servidor de Yahvé, aquella que llevó a Jesús a la cruz y a la resurrección. Esos cristianos no tienen mucho que dar a sus hermanos en términos materiales: son pobres como ellos. Pero dan su amor, su solidaridad, su entrega, la tenacidad de su compromiso, la calidad de su vida. Cargan junto con su pueblo el sufrimiento injusto, son junto con su pueblo "varón de dolores", llevan so-

lidariamente sobre sus hombros el pecado que el mundo hace recaer sobre las clases populares. Pero en su obediencia al Padre y en su seguimiento radical al Nazareno, en su servicio a la causa del Reino y su justicia se están constituyendo -y ayudan a que toda la iglesia se constituya-, en foco de esperanza para el mundo y en lugar de juicio y salvación para la humanidad. Como dice Isaías refiriéndose al Servidor: "él llevó el pecado de muchos e intercedió por los rebeldes" (Is. 53, 12). Las comunidades cristianas formadas por laicos pobres explicitan, desde su vida evangélica, el sentido salvífico del sufrimiento y de la lucha del pueblo en la defensa y promoción de su vida y dignidad. Luchan junto con sus hermanos para hacer un mundo fraterno. Ellos son un cuestionamiento a estructuras y actitudes injustas e inhumanas, ellas son llamado urgente de humanidad. Por su ser, por su compromiso y muchas veces por la terrible experiencia martirial, son profecía salvadora. Dan a la Iglesia consistencia histórica concreta para ser pueblo mesiánico y profético, en la perspectiva del Servidor de Yahvé" (2).

En una época en la que los pobres son más marginados que nunca y son considerados por algunos como sobrantes en la sociedad, es sumamente importante que la Iglesia tome su defensa, valore las comunidades de laicos-pobres que tiene en su seno, y afirme con fuerza el sentido teológico y salvífico de su vida para toda la familia cristiana y para el conjunto de la humanidad. Subrayar el "potencial evangelizador de los pobres" contribuirá también a su afirmación y dignificación.

3.- *Evangelizadores de las culturas.* La evangelización de las culturas será uno de los temas a desarrollar en Santo Domingo y eso supone tocar el punto importante del sujeto evangelizador. Desde la perspectiva de este artículo, una iglesia nazarena -es decir, conformada por esos nazarenos de nuestros pueblos que son los nativos de la selva, los campesinos andinos, los habitantes de nuestros pueblos jóvenes- es la más apta para evangelizar esas nuevas culturas que se van afirmando con tanta dificultad en nuestro medio. Eso supone valorar entre nosotros aquellos sujetos -laicos, religiosos, sacerdotes- que provienen de las culturas marginadas y en proceso de afirmación. Ellos son los más indicados para conocer desde dentro lo que está ocurriendo. Ellos también podrán, desde su propia interiorización del Evangelio, indicar las maneras de hacer carne el mensaje de Jesús en esas culturas emergentes. Ellos sabrán discernir mejor que nadie las "semillas del Verbo" presentes en su mundo y las podrán desarrollar con signos y palabras apropiadas; sobre todo, con la coherencia del testimonio íntegro y comprometido con su pueblo, y con su Dios. Ellos serán los

(2) Cfr. mi artículo "Laicos y pobres", *Páginas* n.76, 1986, separata, así como "Nazareth para Jesús y la Iglesia", *Páginas* n. 105, 1990.

más capacitados, además, para plantearnos a todos los retos de fondo de esa "nueva evangelización" que debe hacerse desde dentro de las culturas de los pobres.

Este punto, como se puede ver, no se refiere sólo a los laicos. Sin embargo, es evidente que ellos tienen un papel muy importante que jugar como sujetos evangelizadores, no sólo porque numéricamente son más, sino porque por vocación tienen una ubicación y misión en el tejido social que los hace insustituibles. El carácter clerical y "occidental" que todavía tiene la Iglesia exige que se insista sobre el particular y en Santo Domingo será importante una palabra al respecto. Puede ser peligroso plantearse la evangelización de las culturas en abstracto, desde fuera -inconsciente dominación-, sin tener en cuenta a los cristianos de esas culturas, quienes, mejor que nadie, tienen una palabra que decir ⁽³⁾.

4.- *Carismas laicales y organizaciones de laicos.* Las comunidades eclesiales de base han marcado el caminar de nuestra Iglesia en estos últimos años. Ellas tienen diferentes formas y estilos y, como dice el documento de trabajo, no se comprenden a sí mismas como un movimiento de Iglesia, sino como una forma de ser y expresar la Iglesia a partir de las comunidades naturales. Muchas veces se las comprende como la base de una comunidad parroquial, entendida ésta como comunidad de comunidades (DT 224 y ss). Esta intuición y práctica eclesial ha convocado en verdad a mucha gente y es un instrumento muy valioso de formación y evangelización. En ellas también muchos cristianos encuentran las respuestas a su búsqueda y en ese sentido es preciso apoyarlas y desarrollarlas.

Sin embargo, ellas solas no bastan para dar un marco adecuado a los diferentes carismas que se suscitan dentro del laicado. Hay laicos, en efecto, que buscan compartir con otros la especificidad de su vocación propia. Para ellos muchas veces la comunidad eclesial de base no basta, ya sea por reunir entre sus miembros a gente muy heterogénea, o porque la estructura parroquial resulta estrecha para sus necesidades.

Aquí es importante subrayar que un carisma comunitario, para desarrollarse, postula una organización propia. Esta permite construir un proyecto común y darle continuidad. De otra manera queda aislado, ni crece ni madura. A este respecto, es importante mirar la práctica eclesial en la vida consagrada. La variedad de congregaciones religiosas aprobadas por la Iglesia ha sido, en términos generales, una gran riqueza para todos; constituye, en efecto, la expresión de la multiforme vitalidad de la gracia que no se agota en tal o cual realización concreta. Diferentes acentos, diferentes características enriquecen la unidad y la hacen más significativa.

(3) En el Documento de Trabajo hay párrafos interesantes, como el n. 268, sobre el papel que están jugando los laicos en la sociedad. O los nn. 514 y 677 que se refieren de paso a los sujetos evangelizadores. Son enfoques que vale la pena desarrollar.

Esta experiencia debería servir de base para acoger inquietudes evangélicas de muchos laicos. Las comunidades eclesiales de base, ellas mismas, ganarían teniendo al lado núcleos que reúnen a cristianos organizados alrededor de una intuición o preocupación de servicio, alrededor de una vocación común. Pienso, por ejemplo, en la cantidad de personas que, en los sectores populares, están involucradas desde hace años en la problemática de salud, los derechos humanos, las organizaciones populares. Su compromiso y su experiencia espiritual ganarían al organizarse en torno a esos ejes. Serían factor de maduración para esos laicos pues, así organizados, podrían descubrir comunitariamente su responsabilidad común, ahondarla y hacerla proyecto con continuidad. Experiencias como las del Movimiento de Trabajadores Cristianos en el mundo popular urbano (MTC) y la Juventud Agraria Rural Católica (JARC), etc, pueden servir de valiosos puntos de referencia para nuevas iniciativas.

La preocupación por desarrollar los ministerios laicales es totalmente válida y responde a una necesidad. Pero ese servicio intraeclesial, derecho y deber de los laicos, no debe hacer que se descuiden las instancias donde ellos, reunidos en comunidad de fe, pueden profundizar los retos de su compromiso dentro del pueblo. Ya lo decía el Decreto Ad Gentes, 21: "La Iglesia no está verdaderamente formada, ni vive plenamente, ni es representación perfecta de Cristo entre las gentes, mientras no exista y trabaje con la jerarquía un laicado propiamente dicho. Porque el Evangelio no puede penetrar profundamente en las conciencias, en la vida y en el trabajo del pueblo sin la presencia activa de los seglares. Por tanto, desde la fundación de la iglesia hay que atender sobre todo a la constitución de un laicado maduro". Este texto mantiene hoy toda su vigencia y es de esperar que Santo Domingo lo retome, le dé cauce para responder mejor a los desafíos de la realidad latinoamericana.